

---

## EL IMPACTO AGRARIO DE LA MIGRACION EN HUECORIO\*<sup>1</sup>

Ina R. Dinerman  
*Wheaton College*

Vine por primera vez a Michoacán en 1969, como estudiante graduada de Brandeis University. Debido a mi interés en las unidades de producción campesina y ante el fenómeno de sistemas comunitarios de producción artesanal especializada, opté por trabajar en tres comunidades de la zona lacustre. Pasé varios meses hablando con la gente de Ihuatzio, Jarácuaro y Quiroga, y observando la distribución del mercado en Pátzcuaro. De ahí salió mi libro *Los tarascos: campesinos-artesanos de Michoacán*.<sup>2</sup> Mi afecto por la zona del lago me devolvió a Pátzcuaro cinco años después y, de nuevo, en 1977. En el transcurso de esas visitas veraniegas hablé con las vendedoras ambulantes, muchas procedentes de Huecorio. Son mujeres admirables —serias, fuertes y trabajadoras—, y muy humanas. Por ese entonces me interesaban particularmente las mujeres como agentes económicos. Escribí varios artículos sobre las mismas.<sup>3</sup> Al hablar con ellas, me di cuenta de que muchas habían tenido que asumir el papel de cabeza de familia dado que sus esposos e hijos mayores se hallaban ausentes en los Estados Unidos por largos periodos de tiempo. Sobre este aspecto escribí un artículo que presentaba por primera vez una visión de la experiencia migratoria desde el punto de vista de la familia del migrante. A instancia de muchas personas, incluido Wayne Cornelius, regresé a la zona lacustre para sacar más datos sobre el proceso de migración internacional en favor del cual muchas familias hacían tantos sacrificios. Deseaba saber por qué miembros de algunas familias migraban y los de otras no. A fin de poder hacer algunas generalizaciones, trabajé en dos tipos diferentes de comunidad: Huecorio, una comunidad ejidal de orientación nacional, e Ihuat-

\* Versión castellana de Pastora Rodríguez Aviñoá.

zio, una comunidad tradicional tarasca de pequeños propietarios. Mis pesquisas sobre las causas de la migración diferencial, a los Estados Unidos y a lugares dentro de México, se encuentran en una monografía publicada el año pasado. Aquí basta decir que la tasa de migración a los Estados Unidos de Huecorio es muy alta: 80% o más entre las 169 familias habían tenido un migrante en los Estados Unidos durante el decenio pasado. En contraste, en Ihuatzio, la tasa entre 500 familias había sido baja: sólo un 20%. Entre las razones que he citado para explicar estas diferencias se encuentra el ingreso familiar.

En este ensayo abordaré el impacto que ejerce la migración a Estados Unidos sobre la comunidad de Huecorio. Es fácil olvidar que la migración es un *proceso*, que implica el traslado de gente a un nuevo destino, pero en la mayoría de los casos, la vuelta a la comunidad de origen, dado que la mayoría de los mexicanos que emigran lo hacen temporalmente en calidad de asalariados. Su objetivo consiste en perpetuar la integridad de sus hogares manteniendo el ingreso familiar. Esta meta es resultado de un valor cultural fundamental en la región tarasca, tal vez en todo México: la unidad familiar como fuente de seguridad económica, emocional y social. En una época en que estos valores están siendo cuestionados en los Estados Unidos, el reconocimiento del profundo compromiso de los huecorianos a esta unidad humana y social fundamental debería llevar a replantearnos nuestra voluntad de abandonar dicho compromiso. No puede perderse de vista que las presiones de la modernización y la rápida incorporación de las comunidades rurales a nuevas estructuras económicas están creando presiones similares en las unidades familiares de Huecorio; el hecho de que hasta la fecha hayan resistido la presión es una prueba de la fuerza de su compromiso. En el presente trabajo centramos nuestra atención en cómo han operado tales unidades frente a los cambios al incorporar la migración en el régimen familiar de asignación laboral, y cómo este cambio ha afectado otros aspectos de la vida —patrones agrícolas, liderazgo y roles familiares— en una comunidad michoacana.

A fin de mostrar qué cambios sí han ocurrido que han ocasionado la reestructuración del trabajo dentro de la unidad familiar, será necesario hablar no sólo sobre lo que ha sucedido en Huecorio durante los últimos veinte años, sino también sobre los cambios que han tenido lugar en los sistemas económicos regionales y nacionales. Huecorio no es una comunidad aislada cuyos miembros se hayan aislados de las estructuras económicas más amplias que están presenciando cambios. Como resultado del surgimiento de una economía global y la expansión de formas capitalistas de producción y distribución, Huecorio también se

halla sumido en estas estructuras más amplias. Doy por sentado que el “estímulo” para algunos de los cambios que describiré es un proceso global general. Lo que es interesante es la particular respuesta de una comunidad rural específica de Michoacán.

### *Huecorio en 1960*

En el verano de 1962, un equipo encabezado por el economista Michael Belshaw hizo un estudio del uso de la tierra y la economía en Huecorio. Buena parte de mi descripción de esa comunidad durante ese periodo proviene de dicho estudio.<sup>5</sup> Belshaw y su equipo, apoyados por CREFAL,<sup>6</sup> trataron de señalar algunas nuevas empresas a fin de aumentar la productividad y el ingreso en Huecorio. No fue el de éstos el primero ni el último esfuerzo. En el transcurso de los años sesentas, varias entidades federales, incluido el I.N.I., hicieron diversos intentos en toda la región del lago (véase, por ejemplo, Moone).<sup>7</sup> Hoy en día, resta muy poco de cualquier cambio económico favorable resultante de esos esfuerzos. Más bien, se observa una presión económica y un retroceso en comparación a otras regiones y sectores de la economía mexicana. Tal vez ninguna otra dimensión refleje tan bien el fracaso como la alta tasa de migración rural.<sup>8</sup> Esta alta tasa migratoria es una respuesta adaptativa de parte de las familias a las presiones sobre el ingreso resultantes de una economía regional más o menos restringida.

En 1962 Huecorio era, al igual que ahora, una comunidad mestiza en el municipio de Pátzcuaro, a unos cinco kms. al noroeste, comunicada por una carretera pavimentada con un servicio regular de autobuses que lo unen con la cabecera municipal. Por entonces contaba con una secundaria anexa a la iglesia, un centro social, una pequeña biblioteca, un centro de salud y un lavadero comunal, varias tiendas-cantinas y un pequeño almacén de telas. Había una “granja” oficial y cuatro grandes gallineros. La población de 844 personas se distribuía en unas 140 familias. La vivienda, en buena medida, tal como la había caracterizado Belshaw, era “pequeña, fría e insalubre”, y añadía que “el área promedio disponible por persona era de 60 pies cuadrados”, y aun esto es inexacto pues muchos cuartos tienen funciones múltiples. La casa promedio tenía dos o tres cuartos, unos dos tercios contaban con pisos de tierra, y un tercio carecía de electricidad o agua potable excepto la proveniente de tomas públicas.

En 1962, la base económica de Huecorio era el cultivo de temporal de maíz y frijol en pequeñas parcelas. Existían tres formas de tenencia de la tierra. Las tierras privadas, algunas de ellas irrigadas, podían ser compradas o heredadas. Había también 6.8 hectáreas de tierra federal

que podía tomarse en arriendo. Estas tierras se hallaban en la orilla del lago y estaban por tanto bien irrigadas, pero sólo estaban disponibles cuando el nivel del agua bajaba lo suficiente para dejarlas al descubierto. La mayoría de las tierras las ocupaba el ejido con 369 hectáreas. El ejido le fue entregado a Huecorio en 1922 por la Comisión Nacional Agraria, que tomó las tierras de la cercana hacienda Ibarra. Ese año, 134 personas recibieron tres parcelas dispersas que sumaban tres hectáreas por ejidatario. Teóricamente, las parcelas que no eran trabajadas por dos años consecutivos revertían a la comisión ejidal para ser redistribuidas a familias sin tierras, al igual que los ejidos de los ocupantes originales fallecidos. Para 1962 sólo 56 personas de la lista original conservaban los títulos ejidales y muchas familias trabajaban las tierras ejidales ilegalmente. Por otra parte, las tres hectáreas originales por ejidatario se habían reducido a 1.13 hectáreas debido a la fragmentación por herencia. Las tierras ejidales se dedicaban sobre todo al cultivo del maíz, frijoles, calabacitas, lentejas y un poco de trigo. Estos cultivos se destinaban básicamente al autoconsumo; empero, la mayoría no era autosuficiente en maíz y necesitaba dinero para comprar más. Así estaba la situación a pesar de la productividad relativamente alta (1995 kilos por hectárea) comparada con el promedio nacional de 800 kilos anuales. La agricultura de Huecorio ya en 1962 era insuficiente para la autosubsistencia, y miembros de la familia tenían que buscar un ingreso suplementario para pagar algunos alimentos y otros gastos domésticos (ropa, medicinas, transporte, fiestas). Una parte de la mano de obra se destinó entonces a la cría de pollos para venta comercial, y de ganado para suministrar leche a Pátzcuaro. Algunos hombres trabajaban temporalmente en la construcción o de jardineros en la cabecera municipal. Unas 31 personas, en su mayoría mujeres, vendían verduras y frutas. La mayor parte asistía al mercado de Pátzcuaro, pero algunas viajaban hasta Uruapan y la ciudad de México a vender sus productos.

Si bien algunos hombres podían hallar trabajo agrícola asalariado en Huecorio, el salario era muy bajo: 40 pesos a la semana más una comida diaria. Muchos migraron temporalmente en los años 1950 y 1960 a Tierra Caliente. Los salarios allá eran más altos (15-18 pesos diarios) y había que comprar las comidas, pero, debido a que los ciclos de cultivo eran diferentes en las dos zonas, un tercio de los hombres aprovechaba esta oportunidad todos los años durante los periodos bajos de cultivo del maíz. Muchos se fueron de braceros a Estados Unidos durante ese periodo de veinte años. Sesenta y cinco hombres de Huecorio lo habían hecho, un 25% de los 290 varones adultos entre los 21 y 82 años, todos ellos habían trabajado en la agricultura aunque en una variedad de cul-

tivos y regiones. Sólo dos habían logrado crear nuevas oportunidades de empleo con su ingreso de braceros: uno puso una tienda de abarrotes, el otro, una tienda de ropa.

Moone, que realizó una muestra de todas las comunidades del lago en 1967, considera a Huecorio una comunidad “orientada a la nación en términos de su organización social, sus vínculos formales con la estructura económica nacional y su sistema de valores”. Según Belshaw, en 1962 existían escasas agrupaciones sociales comunitarias que abarcaran a las familias. Aunque existía una asociación de padres de familia, grupos de barrio involucrados en la organización de las fiestas religiosas, se contaba con pocos medios de organizar a toda la comunidad. Los asuntos políticos se hallaban en manos de un jefe de tenencia elegido y de dos ayudantes, pero las decisiones importantes, las que afectan la tenencia y uso de la tierra, se encontraban bajo control de unos cuantos individuos poderosos que formaban el comisariado ejidal. Los lazos políticos con el municipio de Pátzcuaro eran esencialmente inexistentes; en los veinte años anteriores al estudio de Belshaw sólo una persona de Huecorio había sido miembro del consejo municipal. Los vínculos con el gobierno federal consistían sobre todo en préstamos a unos cuantos individuos por parte del Banco Nacional de Comercio Exterior y con un banco agrícola y ganadero localizado en Pátzcuaro, y el (en buena medida no utilizado) Banco Ejidal.

En comunidades como Huecorio, la fuente normal de pequeños préstamos de dinero, semillas o herramientas es por medio de vínculos sociales preexistentes. Cada familia se halla unida mediante parentesco y compadrazgo a un grupo de otras familias dentro de una red de intercambios recíprocos. Una familia, mediante la hospitalidad, la asistencia a fiestas y préstamos a otras dentro de su red, crea un “sistema de seguridad” que la salvaguarda de pérdidas económicas calamitosas en épocas de crisis presupuestarias. Mantiene su red al poder responder a otras familias en casos de crisis presupuestal. Una crisis puede sobrevenir por una enfermedad repentina, la necesidad de encabezar un bautismo, boda o funeral, o amasar fondos a fin de enviar un migrante al norte. Entre parientes también se entercambia trabajo, tal como tareas para construir una casa o “faena”, la obligación consuetudinaria de ofrecer trabajo gratis en proyectos comunitarios. Un pariente puede sustituir a otro cuando llegue el turno de su faena.

Los lazos económicos externos más importantes con la economía regional no se entablaron mediante instituciones formales sino más bien por medio del mercado de Pátzcuaro en el que las mujeres de Huecorio venden sus productos cultivados o hechos, tales como tortillas,

pan y dulces. En otra parte he tratado la manera en que este modo de articulación con la economía regional desemboca en la permanencia de niveles bajos de ingreso y de una dependencia de las formas domésticas de producción.<sup>9</sup> Para nuestro propósito, baste señalar que mientras que el mercado regional representaba una oportunidad estable para la asignación de trabajo doméstico a las mujeres, a semejanza de la economía agrícola extra-regional de Tierra Caliente, en el caso de los hombres, la cantidad de dinero obtenido era incierta y tan baja que sólo servía para perpetuar el flujo de estos centros regionales de bajo costo de la mano de obra.

La incapacidad de los huecorianos de entrar permanentemente en la creciente economía mexicana de los años sesentas se vio sin duda limitada por el bajo nivel educativo. Entre las personas de más de 21 años entrevistadas por Belsahw, el 10% de los varones y el 20% de las mujeres carecían de educación formal. Belshaw calcula que hasta el 20% de los hombres y el 36% de las mujeres no habían recibido educación en absoluto. Para los que sí habían ido a la escuela, el número promedio de años de escolaridad era entre tres y cuatro años. En 1962 sólo una familia había logrado mandar a tres hijos a la universidad.

### *Huecorio en 1980*

En 1980, cuando visité Huecorio se habían producido cambios visibles y sutiles en la comunidad y su economía; el cambio en el patrón de migración no era el menor de ellos. Conviene describir los cambios ocurridos en las dos décadas subsiguientes al estudio de Belshaw, dado que sostengo que los cambios locales y el nuevo patrón migratorio se hallan interrelacionados.

Para 1980, muchos edificios oficiales que se utilizaban en Huecorio en 1962 se hallaban en ruinas. Ya no existía ni el centro social, ni la biblioteca, ni el lavadero público, ni los gallineros. La gente ya no llevaba su maíz al molino de nixtamal; más bien, hacían colas para comprar tortillas en la tortillería de la plaza, ahora convertida en parque infantil con resbaladillas, columpios y otros juegos pintados de colores brillantes. Todavía no hay calles residenciales pavimentadas, ni siquiera la que lleva a dos unidades escolares recién construidas por el gobierno federal al otro lado del pueblo, cerca del ferrocarril. A la iglesia le urgían ciertos arreglos, y la gente se quejaba del aspecto del pueblo; las mujeres sobre todo lamentaban el número de nuevas cantinas (siete) esparcidas por doquier.

Los huecorianos se hallan menos interesados en dar trabajo o parte de su tiempo libre a proyectos comunitarios, como lo prueba la des-

aparición de varios de los escasos grupos sociales existentes en 1962. El grupo femenino anti-alcohólico se ha dispersado, menos de una docena de hombres asisten a las reuniones ejidales, y sólo unos cuantos cumplen las faenas. La que sí continúa activa es la asociación de padres, prueba del inveterado y creciente deseo de los padres de proporcionar una mejor educación a sus hijos. El nivel educativo de la nueva generación se está elevando; todos los padres con quienes hablé declararon que sus hijos menores de 12 años asistían con regularidad a la escuela. No es raro ver a huecorianos jóvenes de camino a la preparatoria de Pátzcuaro, y varios son estudiantes en la Universidad de San Nicolás en Morelia.

En contraste con el aspecto descuidado de los edificios públicos y las calles, la vivienda privada ha mejorado notablemente. Hay muchas casas reformadas así como algunas nuevas, construidas de bloque y cemento. Muchas tienen pisos de cemento. El estilo de las viviendas también es diferente; algunas tienen grandes ventanales y dos pisos. Las antenas de televisión se elevan de muchos tejados. No sólo las casas son más grandes, contienen más habitaciones, además gozan de electricidad y gas, y algunas cuentan con agua corriente. En mi muestra de 19 hogares, observé que, a excepción de dos, todos tenían electricidad y sólo uno tenía piso de tierra; dieciséis contaban con un televisor y catorce con estufa de gas. El pueblo también cuenta ahora con su servicio de taxi (dos coches), y un individuo posee un pequeño Volkswagen.

A pesar de la emigración permanente de varias familias, se ha producido un aumento considerable de la población. En 1958 había unos 713 huecorianos, para 1979 se había elevado a 903. Aproximadamente la mitad de las familias carecen de tierras. Se han producido cambios concomitantes en la distribución del ejido. Aunque nominalmente son todavía 134 los titulares, el número de parcelas por familia ha disminuido. Esto se debe a la práctica creciente de rentar (ilegalmente) parcelas a medias y a la costumbre de entregar parte de la parcela ejidal a hijos casados. A pesar de la creciente población, diez hectáreas del ejido se hallaban sin trabajar, aparte de la tierra que se deja normalmente a barbecho. Unos meses antes de mi llegada, el ejido había realizado una depuración o revisión de títulos, la primera vez que se hacía en veinte años. Siete parcelas ejidales que habían prescripto por no ser cultivadas habían sido devueltas a la comunidad y redistribuidas por sorteo a familias sin tierras. Empero sólo 12 personas habían “puesto sus nombres en el sombrero”, y no todas recibieron una parcela completa. De hecho, uno de los “ganadores” me dijo que su cosecha de maíz sería tan pequeña que estaba pensando en entregar su parcela al final de la estación.

No sólo se ha vuelto más pequeño el tamaño de la parcela ejidal, sino que su uso también ha cambiado: 30% del ejido, especialmente la tierra más fértil y semi-irrigada, se usa para sembrar alfalfa “pastor”. Aunque desconozco el número de cabezas de ganado de Huecorio, parece obvio, por el poco maíz sembrado, que se ha dado una alza significativa en la producción de carne y leche en el transcurso de los años sesenta. Este patrón de cambio del maíz a la gandería ha sido observado por Verduzco en otras áreas.<sup>10</sup> No se cultivaba trigo y muy poco frijol. Una pequeña parte de las tierras ejidales de riego se destinaban a huerta. Las huertas se encuentran más a menudo en propiedad privada que en tierras rentadas.

La reestructuración de la agricultura huecoriana ha ido acompañada de varios cambios cuantitativos en la economía local. El viejo “taller” ha desaparecido, pero se abrió en 1979 uno nuevo cuya producción va a dar a Acapulco y otros lugares turísticos. Sus trabajadores pertenecen todos a una sola familia, la del patrón; por tanto, no ofrece una alternativa nueva a la mano de obra local. Lo mismo se aplicaba a una pequeña fábrica de muebles “coloniales”, que cerró pronto sus puertas y no contrataba trabajadores locales. Además de las nuevas tiendas-cantinas y la tortillería, había pocos negocios nuevos. Quince personas, mujeres en su mayoría, han encontrado trabajo en la piscifactoría del gobierno, y Huecorio presume hoy en día de haber producido cuarenta maestros.

La venta de productos, actividad de inveterada importancia en Huecorio, ha cobrado renovada importancia. Había 37 personas, 29 de ellas mujeres, que vendían en los diversos mercados regionales en 1968. En 1980, no sólo había aumentado el número de vendedores, sino que la frecuencia de su actividad había pasado de tres o cuatro días a la semana a cinco o seis. Además, se había producido un cambio importante en la estructura mercantil misma que abrió nuevas oportunidades a algunas familias. Se trata de la inauguración de un mercado municipal que se construyó a efectos de “hacer más salubre” el mercado. Se pusieron a la renta más de 50 puestos de venta de carne, queso y huevo. Una docena de familias que tenían vendedores ambulantes con larga experiencia se trasladaron al nuevo edificio. La participación en esta forma de mercadeo exigía a los vendedores hacer frente a nuevos gastos, incluidos los costos de renta y licencias, más el uso del agua y el servicio de basura. Los vendedores ya no podían depender de sus propias huertas, más bien, debían emprender transacciones comerciales a crédito con camioneros mayoristas que llegaban dos veces por semana, o con empresarios locales dentro del edificio del mercado que mantenían mer-

cancia extra. A pesar de los obstáculos, 11 de las 12 familias que entraron en el negocio, lo continuaban en 1980.

Paralelo al cambio en el uso de la tierra de maíz a alfalfa, tendencia que se inició en 1975, y los patrones cambiantes de mercadeo, que empezaron en 1972, se ha producido una intensificación de la dependencia de Huecorio de la migración a los Estados Unidos. De las 21 familias que entrevisté, 17 (80.9%) habían tenido un migrante en los Estados Unidos durante el decenio anterior; cinco familias habían tenido dos migrantes cada una. A diferencia de los braceros de decenios anteriores, la gran mayoría habían trabajado en ocupaciones no agrícolas, sobre todo en el área de Los Angeles, donde habitan muchos de ellos. Poca gente de Huecorio ha trabajado en los últimos diez años en Tierra Caliente o en la ciudad de México; de las tres personas en mi muestra que sí lo habían hecho, dos se dirigieron a los Estados Unidos en los siguientes viajes.

El alto porcentaje de familias que ahora envían migrantes a los Estados Unidos representa un aumento sustancial en comparación al 25% de los varones adultos señalado por Belshaw. La cifra parece excesiva, más aún, sospechosa. Sin embargo, me enteré, al margen de la muestra familiar, que en el verano de 1980 había más de 100 migrantes, la mayoría varones, que trabajaban temporalmente en los Estados Unidos. Esto no sólo muestra la mayor dependencia de Huecorio respecto al ingreso migratorio, sino que indica además el desarrollo, en el transcurso de la última década, de una eficiente red migratoria que opera canalizando información, recursos y personas al otro lado de la frontera. En suma, en los últimos años, los huecorianos se han vuelto "eficientes" en la migración.

### *Explicación de los cambios*

Algunas cosas no han cambiado. La estructura económica local sigue arraigada en las unidades de producción doméstica y los vínculos con Pátzcuaro continúan siendo fuertes. Empero, la tasa de migración ha aumentado y, junto con ella, la dependencia del ingreso migratorio. Huecorio ha presenciado un crecimiento demográfico considerable, y el aumento consiguiente en el número de familias sin tierra y de aquellos con parcelas muy pequeñas. Pero no se puede explicar el aumento de la migración sólo en términos de presión demográfica y la razón "hombre/tierra", dado que otras comunidades como Ihuatzio, con condiciones similares, mostraban un descenso de la tasa migratoria en el transcurso de esa década<sup>11</sup>

Las decisiones migratorias hechas por las familias de Huecorio reflejan el modo en que sus miembros perciben las diferentes opciones sobre cómo dividir mejor la mano de obra familiar. Pero sus percepciones reflejan presiones reales. Las decisiones políticas a nivel regional y nacional sobre el uso de recursos (tierras, mano de obra y capital) han reestructurado la economía regional en que se halla inserto Huecorio. Conviene observar esas decisiones a fin de entender la respuesta de Huecorio ante el cambio.

Las políticas macroeconómicas a nivel de la economía nacional que afectaron a las áreas agrícolas temporales como las de Michoacán han sido tratadas sucintamente por Arizpe.<sup>12</sup> Me baso en su trabajo para una buena parte de mis ideas sobre los procesos generales del cambio agrario y sus consiguientes efectos sobre la viabilidad doméstica en la región lacustre.

La migración rural de México a los Estados Unidos, sobre todo trabajo asalariado, se volvió muy estructurada en los años 1940 (véase Bustamante, citado en Arizpe). Para los años sesentas, sin embargo, había alcanzado nuevos niveles. Este éxodo era una respuesta a una baja del crecimiento agrícola en los años sesenta en las zonas de temporal. Como señala acertadamente Arizpe “. . . la producción de alimentos se convirtió en producción de migrantes (p. 11)”. En los años cuarentas y cincuentas, los intentos por reducir las importaciones agrícolas llevaron a una inversión reducida en esas áreas, en favor de la inversión gubernamental en una agricultura de irrigación en gran escala. Para los años 1960, la proporción de inversión federal en la agricultura de riego había alcanzado el doble que en las áreas de temporal. Esta política resultó en una baja fuerte en el porcentaje de recuperación de la inversión en producción agrícola. A fines del decenio, los once estados del centro-norte de México, incluido Michoacán, sufrían las consecuencias de 30 años de abandono de la agricultura minifundista. El resultado era una presión seria en el equilibrio entre el costo de la producción de maíz y el ingreso rural en esas áreas. Este desequilibrio alcanzó proporciones de crisis por las mismas fechas en que el gobierno norteamericano daba por terminado el programa bracero. En 1974, dos millones de hectáreas de temporal que se cultivaban todavía en 1965 habían sido totalmente abandonadas. Un factor en la alteración de las decisiones productivas de muchos pequeños agricultores como los de Huecorio fue la política oficial de regular el precio del maíz. Entre 1957 y 1973 fijó los precios a fin de garantizar alimentos a la creciente población urbana pobre, así como para fomentar el uso del ingreso agrícola en el consumo de bienes producidos en el sector industrial. Los pequeños productores

res, tales como los agricultores no autosuficientes de la región lacustre, encontraban más factible comprar maíz a precios controlados que invertir mucho en producirlo para sus familias.

Las políticas oficiales de precios no podían garantizar un ingreso adecuado a los trabajadores rurales. Según un informe del Banco Mundial, un número creciente de personas (más de la mitad) que trabajaba en la agricultura eran asalariadas y no propietarias. Además, un 40% era clasificado por el Banco Mundial como "pobre", es decir, tenía un ingreso anual inferior a 350 dólares.

Un resultado importante de los patrones de inversión en una agricultura de riego en gran escala fue un cambio gradual a menos cultivos, más remunerativos, en Tierra Caliente. En áreas donde podían juntarse ejidos, los intereses comerciales adquirieron derechos por medio de subsidios o compra abierta. A lo largo de la década, se dio un cambio gradual en favor de la fruta para exportación y cultivos de verduras; y tras la baja de los precios mundiales del algodón en 1965 se redujo el número de hectáreas dedicadas al mismo. En los lugares donde se siguió cultivando algodón, una buena parte se cosechaba a máquina. El resultado para los migrantes temporales de Huecorio e Ihuatzio fue una severa reducción en la demanda de trabajo.

Las presiones presupuestales sobre las familias rurales ya no se aligeraban fácilmente como antes mediante el trabajo asalariado ocasional en el sector urbano. En el período de rápida urbanización, entre los años cuarenta y los sesenta, hubo muchas oportunidades de empleo en las ciudades. Los escasos requisitos laborales sumados a un auge de la construcción, permitieron a gran número de trabajadores rurales semi-empleados conseguir trabajo temporal que complementaba el ciclo agrícola. Estas oportunidades se redujeron drásticamente en los años sesenta, al mismo tiempo que la atención médica en el México rural se tradujo en una población más numerosa y en una mayor fragmentación del ejido. En comunidades del área lacustre como Ihuatzio, la creciente población ha sido inveteradamente absorbida en la producción doméstica de artículos, tales como blusas y delantales bordados a mano, cinturones tejidos, mobiliario de madera sencillo, aperos para caballo, sandalias, alimentos preparados, recipientes de paja, petates y loza.<sup>13</sup> Pero la política gubernamental de crear consumidores rurales para las mercancías industriales, con ayuda de la publicidad, resultó en una demanda decreciente de tales productos. Ropa, muebles, cazuelas de metal, platos finos, alimentos enlatados y refrescos embotellados, pan de caja, cajas de cartón y bolsas de plástico afluyeron a los mercados regionales.

Todos estos cambios afectaron profundamente el carácter de la

economía regional de la meseta central. Al igual que muchas economías regionales en el México pre-revolucionario, la economía regional se había centrado en un pequeño número de ciudades comerciales, cada una con un mercado que operaba para absorber la producción rural y distribuirla dentro de la región misma. En el área del lago, la integración gradual de la economía regional, que se había centrado en Pátzcuaro y Uruapan, se hallaba marcada por la llegada del ferrocarril que unía a estas ciudades con la ciudad de México a fines de los años 1920. En los años 1930, la electrificación llegó al área, al igual que otros programas federales para la mejoría económica de las comunidades locales. A lo largo de los años 40, las comunidades del lago eran objeto de atención de una gran variedad de programas de mejoría agrícola. Entre 1951 y 1967 se llevaron a cabo programas intensivos de electrificación, construcción de carreteras e introducción de agua potable; el INI mantuvo un centro en Pátzcuaro a fin de apoyar las artesanías “indígenas”, cantos, danzas y otras formas de la cultura tarasca. En 1966-67 se inició un programa federal a fin de regular el uso de los recursos forestales, para proteger los productos de madera para la producción artesanal e impedir la sobretala para uso doméstico.

Los programas sociales y económicos de los años cincuentas y sesentas que tenían la mira puesta en “mejorar la suerte” de las comunidades rurales, tuvieron efectos poco duraderos. Empero, la infraestructura proporcionada por el gobierno en forma de escuelas, carreteras, electricidad y agua potable hizo posible el crecimiento de la población y la entrada en la región de muchas de las pertenencias de la vida moderna —máquinas de coser eléctricas, tortillerías automáticas, estufas de gas, y transporte en autobús confiable desde y hacia Pátzcuaro.

Pátzcuaro también sufrió ciertos cambios en los años sesentas y setentas, algunos de los cuales le dan el aspecto de modernización. Existe un amplio sistema de escuelas públicas y privadas, incluido un sistema de secundaria; hay una oficina de telégrafos, una de teléfonos, un almacén de la Conasupo, e incluso una biblioteca infantil. Se han construido muchos nuevos hoteles, moteles y restaurantes, y los muelles dan cobijo a lanchas de motor para transportar turistas y residentes a las islas del lago. Todo esto da la apariencia de un centro regional próspero y progresista. Sin embargo, no se ha producido cambio alguno durante este periodo en la estructura económica de la ciudad, ni en su rol de articular las comunidades de su *hinterland* con el de la economía nacional. No hay una sola industria en Pátzcuaro que dé empleo a más de una docena de personas. Los intentos de introducir empresas que absorban más fuerza de trabajo se han visto consistentemente boicoteados por la

élite comercial. La política gubernamental en pro del desarrollo económico de la región ha reflejado los intereses de la élite.

El turismo comenzó a ser una fuente importante de ingresos para la élite urbana de Pátzcuaro ya por los años 1930, cuando un hotel de propiedad norteamericana fue construido para atraer a turistas americanos al pintoresco lago de Pátzcuaro, en parte debido a su tranquilidad y en parte a su "indianidad" y a la presencia del alegre mercado al aire libre. Pátzcuaro se volvió en los años cuarentas y cincuentas un centro turístico para norteamericanos y europeos. El valor de la tierra para construir las instalaciones turísticas comenzó a elevarse. En 1965, el gobierno mexicano se movió para conservar la arquitectura colonial y el aspecto general de Pátzcuaro, a fin de asegurar su atractivo, la designó "ciudad patrimonial", la única de México. Esto significaba que no podían erigirse en la zona central edificios que no fueran de estilo colonial; ni se podían reconstruir los edificios existentes excepto en estilo colonial. La elección del turismo como la meta para la economía de Pátzcuaro por parte del gobierno convenía a la exclusión de la industria favorecida por el sector comercial. También coincide con el deseo de los empresarios de servicios de usar mano de obra rural abundante y barata en la construcción de nuevas instalaciones y en los servicios de moteles y restaurantes. Durante los años setentas, la inversión turística de los comerciantes locales se disparó. Al mismo tiempo, el gobierno mexicano emprendió una campaña para suplir el turismo extranjero estacional con turistas mexicanos de clase media. Los turistas mexicanos en Pátzcuaro ahora sobrepasan a los extranjeros, quienes suelen venir sólo en los meses de verano. Las familias mexicanas van durante los fines de semana largos, y también para el "Día de Muertos". Buena parte del ímpetu turístico de Pátzcuaro proviene del apoyo gubernamental a la industria turística. Informes recientes sobre políticas para el estado de Michoacán mencionan que el Banco de Comercio recomienda un aumento del turismo como dirección futura para un estado de economía agrícola. Esta política se hizo efectiva en 1979 mediante el lema de "El rumbo es Michoacán".

Conviene señalar, antes de tratar otro cambio importante ocurrido en Pátzcuaro, que el turismo ofrece escasas oportunidades de trabajo regular a la gente del campo circundante. A las mujeres, el analfabetismo, el español rudimentario, o las pautas culturales de moralidad, les impiden a menudo su entrada a trabajar en moteles y restaurantes. Algunos hombres han encontrado trabajo de jardineros, cuidadores o cocineros, pero son escasos.

Si la política de desarrollo federal en la región del lago puede ver-

se como promotora de los intereses de la élite, lo mismo puede decirse de su papel en la transformación de la institución más antigua y más tradicional de Pátzcuaro: el mercado. Hasta 1969, el mercado regional de Pátzcuaro había operado del mismo modo que lo venía haciendo desde el siglo XVI.<sup>14</sup> Durante siglos, los vendedores, sobre todo mujeres, llevaban productos locales (verduras, artesanías, trabajos a mano, alimentos transformados) al mercado en los días tradicionales (jueves, viernes y domingo). Cualquiera que pudiese pagar la pequeña tarifa de “plaza” podía rentar un lugar para el día. Por décadas, el mercado tenía lugar en la plaza en cuyo centro se encuentra una estatua en bronce de Don Vasco de Quiroga. A fines de los años sesentas, intereses privados de Morelia decidieron que deseaban construir en la plaza un hotel moderno, de estilo colonial, y que el tianguis era un inconveniente. Con la cooperación de los funcionarios municipales, pudieron conseguir ayuda federal para el traslado de los vendedores, y para la construcción de un mercado cubierto a cierta distancia de la otra plaza. Durante la construcción del nuevo edificio, los vendedores se amontonaron en la otra plaza mucho más pequeña. En 1972, se terminó el edificio; ofrecía 52 puestos de cemento en renta y a los vendedores se les obligó literalmente a salir de la plaza. Aunque se planeaba que todos los vendedores de verdura se instalaran dentro del cemento, no sucedió así. Muchos no podían darse el lujo de una renta regular o las cuotas de licencia, y continuaron vendiendo sus mercancías fuera del edificio, en las calles adyacentes. Actualmente, aunque existe cierta hostilidad entre los vendedores “ocasionales” y diarios, ambos venden sus mercancías codo con codo.

La reestructuración del proceso de mercadeo en Pátzcuaro ha resultado en la bifurcación económica de los vendedores. Algunas mujeres, muchas de Huecorio, han podido pasar del comercio ocasional al comercio de tiempo completo. Dependen para su suministro de los acaparadores locales y de camioneros foráneos. Tienen que hacer frente a pagos regulares de renta y tarifas, de las compras a los mayoristas y de los arreglos crediticios. En suma, se han “racionalizado”. Y aunque su ingreso es más alto que el de las vendedoras ambulantes, también lo es el riesgo. No obstante, la mayoría está contenta del traslado; sostienen que los productos perecederos duran más tiempo adentro. Para las mujeres más pobres que venden verdura no hay este tipo de opciones. Corren el máximo riesgo y obtienen la tasa más baja de ganancia, hasta tal punto que los productos más perecederos como son la fruta y la verdura no se venden en las tiendas de la localidad sino que se deja su venta a estas campesinas.

Los dos cambios más importantes ocurridos en Pátzcuaro —el turismo y el mercado abierto— han dejado intocada la articulación colonial entre la ciudad y las comunidades de su *hinterland*. Su rol primario continúa siendo, al igual que durante la colonia, asegurar el flujo de bienes y servicios baratos a la población urbana. La política gubernamental nada ha hecho por alterar esta estructura en favor de un ingreso rural más alto. Esta tendencia general de un decreciente ingreso rural durante los años 1960 se refleja en datos publicados sobre la meseta tarasca.

En 1965, a fin de relacionar los salarios mismos con las variaciones en el índice de costo de la vida para regiones particulares de México, el gobierno creó un conjunto de zonas que podría rastrear a fin de obtener datos económicos regionales. El área del lago comprende la mayor parte de la zona 63, la “Meseta Tarasca”. Los datos revelan su bajo nivel de productividad así como la escasez de alternativas económicas.<sup>15</sup> Sólo el .1% de los bienes creados en México provienen de la zona 63. La inversión de capital en salarios, empresas y fuerza de trabajo empleada representa menos del 1% de la nacional. Menos del 17% de los que podían trabajar en 1969 tuvieron empleo durante más de dos meses. El salario promedio anual de la zona en ese año (12 000 pesos) fue mucho menor que el promedio nacional (19 320 pesos). Existen menos trabajadores asalariados o urbanos que el promedio nacional, y el 92% gana menos de 1 000 pesos mensuales. (El promedio nacional es de 71%). Un 65% de todas las personas económicamente activas en la zona son pequeños agricultores, y sólo 24 de cada 1 000 son profesionales, muy por debajo de los 54 por 1 000 a nivel nacional. La mitad de las personas de 15 (en 1969) carecían de educación formal. La vivienda, también, se hallaba muy por debajo del promedio nacional, y la densidad por cuarto era mayor (16).

Aunque la zona ha arrojado un crecimiento de la población considerable en el último decenio, es menor que el promedio nacional (1.8% vs. 3.3%), en parte debido a que ha habido poca inmigración. El tamaño de la familia es más o menos el del promedio nacional, y la pirámide de edad revela la misma tendencia hacia abajo. Sin embargo, por cada trabajador hay más dependientes (3.1) que a nivel nacional (2.7), resultado de que un 39% más de los trabajadores de la zona trabajan en la agricultura de pequeña escala que a nivel nacional. Más de 10 000 familias, que abarcan 61 648 personas, trabajan en pequeñas parcelas, 96% de las cuales son exclusivamente de temporal.

Nos hallamos, pues, frente a una zona que se caracteriza por un alto sub-empleo rural, bajo ingreso y ausencia de oportunidades para aumentar el ingreso. Empero, de 1973 a 1975, los precios de las mercancías

básicas, incluidos los alimentos, se elevaron 37.7%, sólo en 1975 subieron 15%. El 5% ó menos de la población que trabajaba en la industria, algún alivio hallaba en cobrar el salario mínimo; pero, para más del 68% de los trabajadores manuales, que promediaban 9 000 pesos al año de ingreso durante este periodo, y cuyos salarios se hallaban legalmente regulados según los precios, pero que de hecho estaban infrapagados, escaso alivio existía. Entre el 27% que trabajaba únicamente en la agricultura sin salario, no había alivio posible.

Para la gente de Huecorio, las tendencias características de las tres últimas décadas, dentro de la economía nacional y regional, se expresan en términos de presiones para mantener el consumo doméstico. Y, si bien se puede aducir que los patrones de consumo se hallan condicionados por expectativas culturales, se puede añadir igualmente que aun las más modestas expectativas se han visto seriamente cuestionadas. Las familias que se dedican al cultivo del maíz han sentido la presión de los costos crecientes del fertilizante, la semilla, los insecticidas y la mano de obra contratada, así como el costo de las comidas servidas a los peones como parte de sus salarios. En Huecorio, como hemos visto, la solución es en favor de la alfalfa, o dejar de cultivar enteramente. Un resultado de la reducción en el monto del trabajo asignado por los hombres a la agricultura ha sido una creciente presión sobre el uso del trabajo femenino e infantil. Se dirige cada vez más a la cría de animales y al comercio ambulante. Se reconoce que para la nueva generación, la "salida" de la agricultura y el bajo ingreso radica en la educación. Sin embargo, el costo de los libros y otros materiales educativos, transporte y ropa, especialmente los uniformes, también ha subido. El resultado es que se hace el mayor esfuerzo en favor de los hijos varones mayores, u otros hijos varones, mientras que el trabajo femenino se dirige cada vez más al comercio y a la producción artesanal.

Estos patrones cambiantes de asignación del trabajo maximizan el potencial generador de ingresos de los miembros de la familia, pero a medida que las familias luchan por reducir la pérdida de ingreso, se comprometen más con un modo de articulación con la economía nacional y regional que perpetúa bajos niveles de ingreso. El comercio en un mercado regional representa la intensificación de un modo "colonial" de articulación a una economía más amplia, que logre extraer bienes y servicios valiosos a bajo costo para los consumidores. Y, como hemos visto, las opciones otrora existentes para los hombres dentro de la economía extra-regional no sólo no han aumentado, sino que se han reducido.

A medida que se eleva la presión presupuestal en las familias, se produce un efecto "ondulatorio" en términos de las relaciones sociales

comunitarias. La red social de intercambio recíproco interfamiliar, que se halla arraigado en el parentesco y el compadrazgo, ha servido inveteradamente para asegurar la viabilidad doméstica de cara a las crisis económicas. Pero la capacidad de muchas familias para responder positivamente a sus obligaciones con otras de su red se ha visto en peligro. La monetización del trabajo hace difícil para las familias apartar mano de obra para asignarla a trabajos sociales como las faenas, el intercambio en la construcción de casas, actividades festivas u obras públicas. Los precios y costos familiares crecientes recortan la posibilidad de contribuir a la "capitación" (recaudación de fondos especiales para actos comunitarios) o pequeños préstamos a parientes y compadres. Es cada vez más difícil para muchas familias mantener su posición dentro de la red de intercambio y su viabilidad económica. Para las familias que pueden, la migración asalariada a los Estados Unidos es la solución para volver a equilibrar el presupuesto doméstico.

*El impacto socio-económico de la migración asalariada temporal sobre Huecorio*

Una vez que un individuo se integra al flujo migratorio, otros miembros de la familia intensifican sus esfuerzos para proveer el ingreso asignado a la migración, y asumir la falta presupuestal dejada por el migrante hasta que lleguen sus giros. En Huecorio, un modo convencional de hacerlo es mediante el comercio ambulante en Pátzcuaro. Las mujeres que no cultivan verdura, las compran a las que sí tienen o a mayoristas de Pátzcuaro. A cambio de una pequeña retribución, se puede rentar espacio diariamente en el tianguis. Algunas familias han utilizado el dinero proveniente de la migración para rentar o comprar una huerta para este tipo de contingencias. Aunque aún en 1962 un número considerable de mujeres se dedicaban al comercio, según Belshaw,<sup>17</sup> es obvio que hoy en día existe una alta correlación entre el comercio y la migración, como puede verse en el siguiente cuadro.

**CUADRO 1**

**MIGRACION Y COMERCIO SEGUN LA MUESTRA DE FAMILIAS**

Número de familias con marchante(s) y un migrante	11*
Número de familias con marchante(s) sin migrante	1
Número de familias sin marchantes ni migrantes	3
Número de familias sin marchante y sin migrante	6

\* Incluye 3 familias con dos migrantes cada una.

El trabajo infantil en Huecorio se usa para el cuidado y alimentación de puercos y gallinas, para traer y llevar ganado a pastar, y para lavar y dar de comer a los puercos. Los hijos de los abarroteros ayudan asimismo a atender la tienda, y tres niñas cosen blusas en el taller de su padre. Dos niñas bordan regularmente manteles que su padre migrante lleva a vender a los Estados Unidos. Estas actividades se combinan con la asistencia a la escuela, pues la educación es muy apreciada en Huecorio.

Ya he señalado más arriba que la migración tiende no sólo a mantener sino a crear una preferencia por una forma particular de organización doméstica: la familia extensa. Aunque me inclino a pensar que esta forma de organización familiar ha sido la preferida en Huecorio, me atrevería a afirmar que la migración neutraliza la formación de familias nucleares.<sup>18</sup>

La ausencia cada vez más prolongada de los cabeza de familia ha tenido un efecto negativo sobre los roles y relaciones familiares. Entre marido y mujer existe una tensión notoria. Las mujeres expresan sus sospechas respecto a sus esposos ausentes, y su temor de que el esposo "tome otra mujer" en los Estados Unidos. Les preocupa que se establezcan lazos afectivos que impidan el retorno del esposo, especialmente si inicia otra familia. Es sabido que algunos migrantes han golpeado a sus esposas por sospechas de infidelidad y hay chismes sobre los que no han migrado y persiguen a las mujeres cuyos esposos se hallan ausentes. Las madres confiesan sus ansiedad de perder la ayuda de hijas solteras pero casaderas que pueden dejar la familia, como es costumbre en Huecorio; estos sentimientos parecían ser especialmente agudos en las familias migrantes, en las que la pérdida del trabajo doméstico de una joven era particularmente dura. Las nueras han sido siempre un bien económico en Huecorio, y su lugar en una familia migrante, en la que se libera el trabajo de las mujeres más viejas para que se dediquen al comercio, es especialmente estratégico. Conocí un caso en que un joven se casó con la intención explícita de dejar a su esposa con su madre a fin de migrar. Las nueras reconocen su papel vital en las familias migrantes; algunas han sacado partido de ello para fortalecer el poder de su papel tradicionalmente importante.<sup>19</sup> Las relaciones padres-hijos son asimismo más difíciles cuando el padre está fuera por un periodo prolongado. Muchas mujeres comentaban la dificultad de educar a los hijos varones adolescentes sin sus esposos presentes para disciplinarlos. En Huecorio la ausencia de hombres migrantes se complica a menudo a su vuelta por el alcoholismo y su incapacidad para reintegrarse a la unidad familiar. Los hijos adolescentes entran a menudo en conflicto con sus padres y emigran a fin de conservar su libertad de acción.

La alienación que sienten muchos de los que regresan ha afectado su voluntad de volver al trabajo agrícola. Como ya lo señalamos, muchos trabajan en ocupaciones urbanas y son responsables ante los supervisores. Los hombres no sólo son más conscientes de los riesgos del trabajo agrícola, sino que lo consideran poco satisfactorio. Aunque algunos informantes hablaban de la “flojera” de los migrantes retornados, y su tendencia a descuidar sus parcelas ejidales, esto probablemente se debe más a la insatisfacción con el trabajo agrícola que a la indiferencia. Sin embargo, conviene señalar que los ejidos y el ganado no están bien cuidados y que, según un agrónomo, la producción de leche es mucho más baja de lo esperable.

El impacto de la migración sobre los patrones agrícolas a nivel de la comunidad ha sido profundo. Buena parte de la tierra queda sin trabajar o es rentada. La mayoría de la gente, ante la opción, prefiere invertir en la migración más bien que en el cultivo de maíz, especialmente si requiere reemplazar el trabajo propio con el de peones contratados. El trigo ya no se cultiva en Huecorio; ha sido sustituido por alfalfa. La tierra irrigada se dedica cada vez más al cultivo de hortalizas para la venta en lugar de cultivos para el consumo doméstico. Irónicamente, los beneficios de estas empresas se utilizan para financiar la migración.

La migración de muchos varones en sus años más productivos ha ejercido un efecto profundo en los patrones laborales comunales. La faena, o trabajo gratis ofrecido por todos los varones adultos a proyectos comunitarios, ha sido desde época inmemorial una costumbre entre las comunidades tarascas. No es accidental el que el aspecto general de los edificios y áreas públicas sea descuidado y abandonado.<sup>20</sup> No hay actualmente un número suficiente de hombres que presten esos servicios comunitarios. En 1980, un programa federal de reforestación de las laderas de Huecorio iba muy lento debido al escaso número de personas disponibles para plantar árboles. Otro proyecto de beneficio potencial “dejó de hacerse” por falta de trabajo voluntario. Un terrateniente con espíritu comunitario y otras fuentes de ingreso ofreció donar una buena parcela de riego para que fuera utilizada en beneficio de la comunidad. Al ver que había un número insuficiente de hombres para trabajarla, retiró la oferta.

El trabajo recíproco entre parientes y compadres también va reduciéndose a medida que muchos hombres emigran. El efecto se deja sentir sobre todo en la construcción de casas, para las que, aparte del costo creciente de los materiales, la gente tiene que contratar peones que ayuden en la construcción.

Los patrones de liderazgo también muestran los efectos del inte-

rés creciente en Huecorio para la migración. Los hombres elegidos para cargos públicos provienen a menudo de un grupo más pequeño de personas que no tienen intención de migrar. Con frecuencia se trata de los miembros de la comunidad menos hábiles, menos competentes, menos ambiciosos que tienen menos experiencia o capacidad para vérselas con la burocracia fuera de la comunidad. Los no migrantes dominaron asimismo la organización ejidal durante 1980, lo que me lleva a pensar que los migrantes ya no ven intereses tan centrados en el control de la tierra al grado que sí lo hacían antaño.

El financiamiento de la migración extrae una cantidad considerable de dinero de la comunidad, que termina en las manos de los coyotes de las ciudades fronterizas. Casi todos los migrantes que entrevisté usaron un coyote para cada entrada que hicieron. A 250/300 dólares por viaje, la cantidad de dinero que sale de Huecorio es impresionante. La pérdida general de millones de pesos no sólo ha hecho tensas las relaciones sociales tradicionales que descansan en la reciprocidad, sino que ha afectado la calidad de una vida social que se halla arraigada en la hospitalidad y la participación en fiestas cívicas y religiosas, y las obligaciones de compadrazgo; en suma, las actividades que imbuyen en la gente un sentimiento de comunidad.

Por último, conviene mencionar un “no efecto” de la migración sobre Huecorio, que se menciona a menudo en la literatura sobre migración, a saber, la inversión del ingreso migratorio de modo tal que sirva para reestructurar y mejorar la economía local. Este tal vez fuera el caso en decenios anteriores cuando los costos de mantener la viabilidad familiar se hallaban más en consonancia con los ingresos; no fue el caso en los años 1970. El cuadro 2 muestra cómo fue utilizado el ingreso proveniente del salario norteamericano de los migrantes huecorianos.

Un solo migrante ha invertido en una nueva empresa. Ha abierto un taller con cinco máquinas de coser eléctricas. En este caso no se abrió ninguna oportunidad laboral para los miembros de la comunidad; la nueva empresa utiliza únicamente el trabajo de los cuatro hijos de la familia. Varias personas compraron huertas; en estos casos, el dinero se invirtió en crear un ingreso más confiable, no nuevas formas de ingreso. El área de inversión más importante ha sido la construcción de vivienda. No es sorprendente. Dado que el costo del cemento en México se triplicó en los últimos cinco años, es prácticamente imposible para familias en aumento permanecer juntas y a la vez proporcionar suficiente espacio habitable para todos sus miembros. Inevitablemente, la presión para queclarse en familias extensas, que se ve reforzada por la migración, también impulsa a migrar a fin de obtener dinero para ampliar la

## CUADRO 2

### USO DEL INGRESO MIGRATORIO (expresado en proporción del ingreso de todos los viajes de 17 migrantes)

1. Mantenimiento familiar	_____ 1.00
2. Vivienda	_____ 5.33
3. Tierras	_____ 3.50
4. Animales	_____ 0.50
5. Puestos religiosos	_____ 0.00
6. Ahorros	_____ 0.33
7. Inversión de capital	_____ 2.00
8. Gastos médicos	_____ 2.33
9. Educación	_____ 1.00
10. Deudas	_____ 1.00
11. Sin datos	_____ 6.00

vivienda y comprar las necesidades de consumo doméstico; alimentos, ropa, medicinas y educación.

#### *La migración y el futuro de la política agraria*

En este estudio de caso, he examinado el impacto de los cambios en la economía regional y nacional que han creado cambios locales en Huecorio. He tratado de mostrar que una respuesta importante ha sido una tasa creciente de migración a Estados Unidos que ha vuelto a Huecorio dependiente de la migración. Esta dependencia, a su vez, ha generado alteraciones en la estructura social y, lo que es más importante, cambios en los patrones de asignación de trabajo y uso de la tierra dentro de la economía local. Empero, la creciente literatura sobre migración de Michoacán y de otros estados indica que el caso de Huecorio no es único.<sup>21</sup> Más bien, la dependencia de la migración promete convertirse en un fenómeno más generalizado en el futuro previsible. Si esto es así, debemos examinar las implicaciones de una dependencia tan extendida y los consiguientes cambios económicos locales que lo acompañan, respecto al futuro de los intentos más recientes de cambio agrario.

Los programas agrarios recientes han normalmente tratado de lograr dos objetivos: aumentar la producción para equilibrar la dependencia de las importaciones, y aumentar el ingreso rural. Ambos objeti-

vos no son idénticos; de hecho, a veces son contradictorios. Por una parte, la producción agrícola para exportación utiliza capital y tecnología intensivas. El desplazamiento resultante de una agricultura mixta donde la producción en gran escala es factible desemboca en un aumento del desempleo rural y, por tanto, en un ingreso rural decreciente. A corto plazo, esta forma de cambio agrario producirá una mayor necesidad de migrar y una mayor dependencia de la migración. Los programas dirigidos a aumentar la autosuficiencia de los agricultores en pequeña escala en la agricultura ejidal suelen dar el mismo resultado. En las comunidades en que la tierra ya está siendo utilizada con fines ajenos a la autosuficiencia alimenticia, sería difícil atraer a los ejidatarios a la producción de alimentos básicos, aun con apoyos del gobierno para reducir riesgos. Los huecorianos ya no consideran las tierras como la base de la economía familiar. El cultivo de la tierra es una actividad adjunta que hace posible otras formas de actividad laboral en la que participan otros miembros de la familia. El nuevo papel de la tierra en la generación de un ingreso más alto posiblemente esté en la ganadería y no en la producción de alimentos de subsistencia. Sin embargo, en comunidades como Huecorio, el futuro de la ganadería no es fácilmente expandible sin la migración, que proporciona el capital para los animales. Un cambio "exitoso" (desde el punto de vista de la familia) se traducirá en el retiro de más hectáreas de la producción alimenticia a medida que los ganaderos obtengan mayores beneficios mediante la venta de productos ganaderos.

Los planificadores de la política agraria prestan mucha atención a la discusión sobre el tamaño ideal de la parcela, la calidad del suelo, los costos de más fertilizantes y riego y la capacidad administrativa. Lo que falta en estas discusiones de planeación es la unidad de producción: la familia. Aun si todos los problemas mencionados fueran resueltos, sería difícil persuadir a muchas familias de que asignaran mano de obra regular a la producción agrícola; la agricultura en pequeña escala de México no se halla sujeta al tipo de racionalización económica que caracteriza al sector moderno. Más bien, se halla inserta en la organización social de la comunidad de una manera distintiva. Utiliza no sólo la mano de obra masculina sino también la femenina y la infantil. Sin programas que provean asimismo oportunidades para el uso de estos trabajadores también, no es probable que las nuevas reformas puedan lograr un aumento de la producción rural y del ingreso campesino.

El patrón que está surgiendo en comunidades ejidales como Huecorio es combinar agricultura y migración a fin de permitir la diversificación de la mano de obra familiar. Para los pobres del campo, esta estra-

tegia crea la flexibilidad necesaria para defenderse contra la disolución de la unidad bajo la presión de procesos inflacionarios en la macro-economía. La necesidad, así como la capacidad de estas unidades de maximizar todos los recursos disponibles, no solamente la tierra, deben tomarse más en cuenta en un nuevo programa de reforma agraria. Los fondos gubernamentales únicamente para la agricultura no serán un incentivo suficiente para los trabajadores rurales de permanecer en la agricultura de subsistencia o regresar a ella.

## NOTAS

1. Agradezco a Nancy Shepardson la sugerencia de este título y muchas otras cosas.
2. Ediciones Sepsetentas, México 1974.
3. "Patterns of Adaptation among Households of U.S. bound Migrants from Michoacán, México", *International Migration Review*, vol. 12, 4 (invierno); "Ritual y realidad: autoimagen de las mujeres tarascas sobre su papel económico", *América Indígena*, vol. XXXVIII, 3, jul-sept., 1978.
4. *Migrants and Stay-at-Homes: A comparative Study from Migration from Two Communities in Michoacan*. Center for U.S. Mexican Studies, Monograph No. 5, University of California, San Diego, 1982.
5. Michael Belshaw, *A Village Economy: Land and People in Huacorio*, Columbia University Press.
6. CREFAL es un centro de capacitación apoyado por la ONU para trabajadores de comunidad de América Latina. Tiene su sede en Pátzcuaro.
7. Janet Moore, *Desarrollo Tarasco*, Instituto Indigenista Interamericano, Ediciones Especiales No. 67, México, 1973.
8. Tim Dagodag, "Source Regions and Composition of Illegal Mexican Migration to California", *International Migration Review*, vol. 9, 4, 1975.
9. "Economic Alliances in a Mexican Regional Economy", *Ethnology*, vol. XVII, 1, enero 1978.
10. Gustavo Verduzco, *Campeños Itinerantes. Colonización, ganadería y urbanización en el trópico petrolero de México*, El Colegio de Michoacán, 1982.
11. La tasa de migración de Ihuatzio para este periodo era sólo de 20% de entre los 50 hogares de la muestra. Pero también era una comunidad muy "expulsadora" en los años 1960. Para una explicación de por qué la emigración a los Estados Unidos de Ihuatzio ha bajado, véase Dinerman, nota 4.
12. Lourdes Arizpe, "The Rural Exodus in Mexico and Mexican Migration to the United States", en: Peter G. Brown and Henry Shire (eds.) *The Border That Joins*. Maryland Studies in Public Philosophy, Rowman and Littlefield, Totowa, New Jersey, 1981.
13. La producción doméstica de patates para el consumo por parte de la población rural en la región lacustre ha cesado en Ihuatzio debido al uso creciente de camas comerciales. Los ihuatzeños se hallan ahora vinculados al mercado nacional e internacional me-

- dante la producción doméstica de objetos de tule para turistas. Para mayores detalles, véase Dinerman 1982 (nota 4).
14. David Kaplan, "The Mexican Marketplace Then and Now", *Essays in Economic Anthropology*, A.E.S. proceedings for 1965.
  15. Los datos provienen del *Índice de Precios*. 1980. Comisión Nacional de Salarios Mínimos, vol. 6, No. 2, abril 1980.
  16. Sólo 40% de las casas tenían pisos de madera o cemento en 1960, comparadas con 62% de promedio nacional. Sólo un 41% tenían electricidad, comparado con el 59% a nivel nacional. El 64% de todas las casas eran de adobe.
  17. Belshaw registra 29 mujeres y 8 hombres como vendedores regulares (semanales) y otras 31 personas que son vendedores ocasionales. En 1976, conté 48 mujeres de Hueccorio que eran vendedoras ambulantes y 11 que vendían dentro del mercado.
  18. El estudio de Belshaw no nos ayuda en este punto. Al contar tamaño de la "familia", Belshaw incluyó solamente dos generaciones, y añadió una generación de abuelos por separado. Sitúa el "número promedio por familia" en 4.35, el tamaño promedio de la familia en 5.93; un 43.8% de todas las familias tienen entre 5 y 11 personas. El número —por familia— es difícil de calcular.
  19. Las nueras tradicionalmente son serviciales no sólo con los padres del esposo, sino también con todos sus hermanos y hermanas que residen en la casa. No hay alternativa, pues los padres normalmente rehusan aceptar a una hija casada que quiera vivir en su casa.
  20. Es interesante notar, sin embargo, que la acostumbrada faena es cobrada de un modo diferente a los hueccorianos que viven en Los Angeles. Los hombres aportan 10 dólares al mes para un fondo de mejoras de la comunidad. De este modo se han reunido varios miles de dólares.
  21. Véase, por ejemplo, Josh Reinchert y Douglas Massey "History and Trends in U.S.-Bound Migration from a Central Mexican Town". Mimeo, Office of Population Research, Princeton University, 1979; Richard Mines, *Developing a Community Tradition of Migration to the U.S.: A Field Study in Rural Zacatecas*, Center for U.S. Mexican Studies, University of California, San Diego, Monograph No. 3, 1981; James Stuart y Michael Kearney, *Causes and Effects of Agricultural Labor Migration in the Mixteca of Oaxaca*, Center for U.S. Mexican Studies, University of California, San Diego, Working Paper, 28.